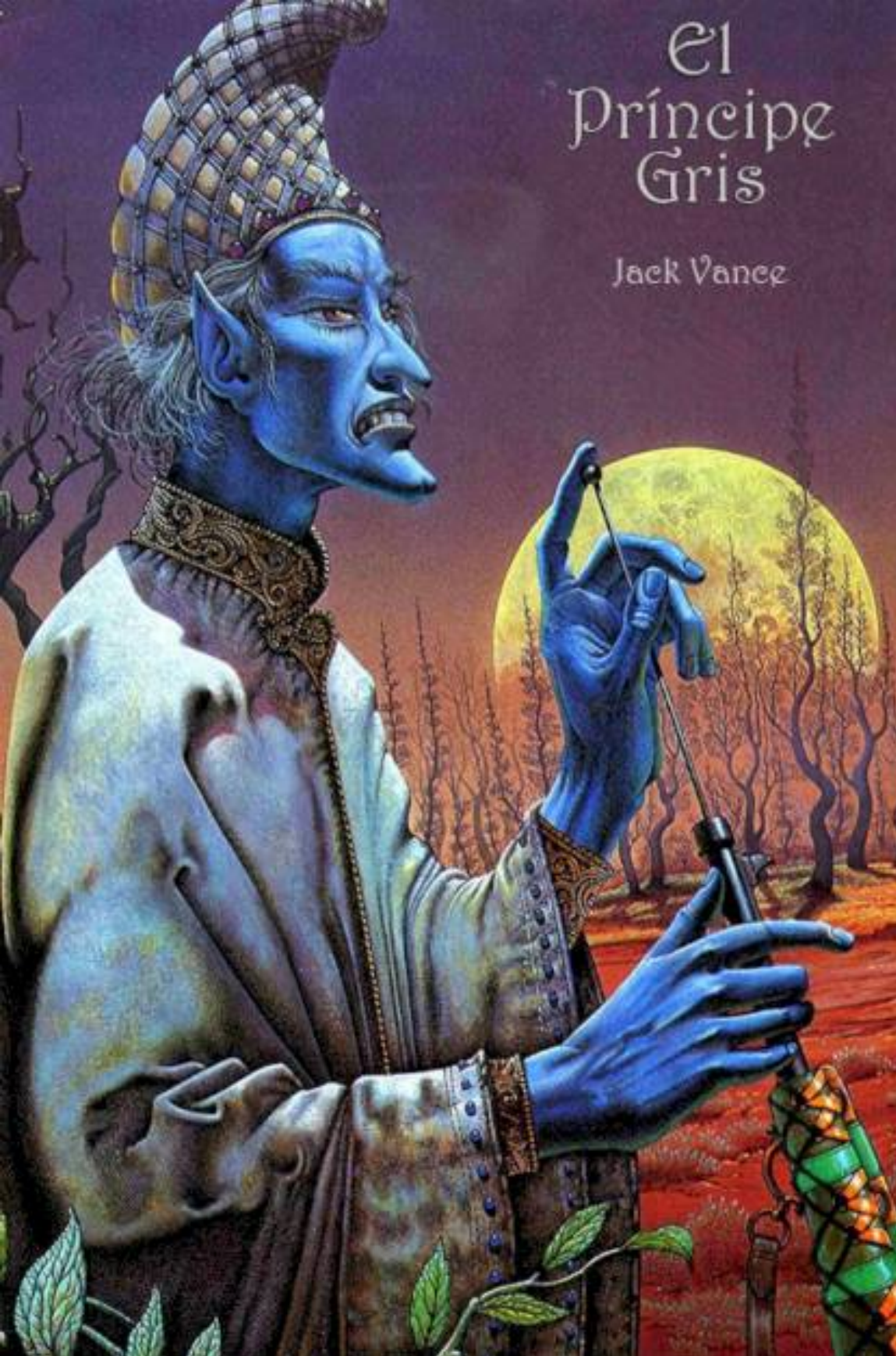


# El Príncipe Gris

Jack Vance



Después de cinco años de ausencia, Shaine Madduc regresa a Koryfon, su planeta natal. Muchas cosas han pasado en ese lapso: su padre ha muerto y, sobre todo, se ha roto la convivencia entre las tres razas que habitan aquel mundo. Una convivencia, desde luego forzada, entre la especie humana, auténtica aristocracia terrateniente, los uldras y los erjin, estos últimos utilizados como esclavos.

Los uldras, a los que dirige el Príncipe Gris, consideran usurpadores a los humanos, pero es muy posible que sean los erjin los primeros pobladores del planeta...

## Prólogo

La era espacial ha cumplido ya treinta años. Los hombres se han trasladado de una estrella a otra en busca de gloria y riqueza; la Vastedad Gaeana comprende un fragmento perceptible de la galaxia. Las rutas comerciales se enhebran y entrecruzan en el espacio como tubos capilares de un tejido dotado de vida; se han colonizado miles de mundos, cada uno de ellos distinto a todos los demás, cada uno de ellos opera su propio cambio específico sobre los hombres que residen en él. Jamás la raza humana ha sido menos homogénea.

Al movimiento centrífugo se le puede aplicar cualquier calificativo menos los de regular y uniforme. Los hombres se trasladaron de un punto a otro en oleadas y fluctuaciones, a impulsos de guerras, de fanatismos religiosos, de fuerzas absolutamente esotéricas.

El mundo de Koryfon es típico sólo en lo que se refiere a la diversidad de sus habitantes. En el continente, los uldras ocupan la amplia franja que cubre el litoral sur y que se conoce por el nombre de Aluan, mientras que, en el norte, los mensajeros del viento pilotan sus carretas-veleros de tres mástiles por la meseta del Palga. Ambos son pueblos nómadas y emprendedores; difieren en todos los demás aspectos. Al sur, al otro lado del mar Persimmon se encuentra Szintarre, el continente ecuatorial, con su cosmopolita población de outkeros<sup>[1]</sup>, que se distinguen de los uldras y mensajeros del viento por varios tipos de magnitud sociológica.

Existen también un par de razas casi inteligentes a las que se considera nativas de Koryfon: los erjines y los morfotas. Los mensajeros del viento domestican y luego venden ejemplares de una variedad de erjines particularmente compactos, robustos y dóciles, aunque lo que tal vez hagan sea criar y amaestrar erjines corrientes, a los que dotan de tales características. En ese aspecto, los mensajeros del viento son bastante reservados, ya que el comercio les proporciona ruedas, piezas y aparejos para sus carros de vela. Ciertos uldras de la franja de Aluan capturan y montan erjines salvajes, cuya fiereza dominan mediante frenos de boca eléctricos. Tanto los erjines domésticos como los salvajes poseen capacidad telepática, con la que se comunican unos con otros, así como con cierto número de iniciados mensajeros del viento. Los morfotas, que no tienen ninguna relación con los erjines, son una raza perversa, rencorosa e imprevisible, a la que sólo se aprecia por su extraña belleza. En Olanje, urbe de Szintarre, los outkeros han llegado incluso a crear círculos de contempladores de morfotas, ya que, dadas las macabras costumbres de estos seres, observarlos constituye una diversión de lo más excitante.

Hace doscientos años, un grupo de filibusteros de planetas cercanos se dejaron caer sobre Uaia, sorprendieron y capturaron a los caciques uldras de un cónclave y les obligaron a ceder por título ciertas regiones tribales: los célebres Tratados de Sumisión. Cada miembro de la empresa, según el tratado, adquiriría una vasta extensión, de cincuenta mil a ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados. Con el tiempo, esas zonas se convirtieron en los grandes «dominios» de Aluan, donde los «barones terratenientes» y sus sucesores vivieron amplias y dilatadas existencias en mansiones construidas, en cuanto a dimensiones y demás, conforme a las propiedades de quienes las ocupaban.

La vida de las tribus signatarias de los Tratados de Sumisión no se vio muy afectada: si acaso, mejoró. Los nuevos diques, estanques y canales proporcionaban recursos hídri-

cos garantizados; las guerras intertribales quedaron proscritas, y los ambulatorios aportaron por lo menos un mínimo de atención médica. Unos cuantos uldras asistían a las escuelas del dominio y se formaban para ejercer de oficinistas, tenderos y empleados de hogar; otros preferían trabajar de peones en los ranchos.

Pese a tales mejoras, a muchos uldras les irritaba el simple hecho de tener una condición inferior. En un plano subconsciente y no reconocido, pero quizá producto de idéntico enojo, estaba la aversión de los barones terratenientes hacia las mujeres uldras. Como sórdido pero inevitable anexo de la conquista, se podía aceptar cierta dosis de violación o seducción, aunque siempre de mala gana, con resentimiento. La verdad es que, si bien los hombres uldras, con su constitución alta y vigorosa, su piel gris teñida de azul ultramarino y sus facciones aguileñas, eran en general individuos de bastante buen ver, de las mujeres no podía decirse lo mismo. Rechonchas, con la cabeza afeitada para evitar las arremetidas de los parásitos, las muchachas uldras carecían de encanto. A medida que avanzaban hacia la madurez, sus caderas seguían siendo voluminosas y sus piernas no crecían un solo centímetro, aunque sí se les alargaban el torso, los brazos y la cara. La típicamente longitudinal nariz se convertía en un desfallecido carámbano; la piel gris se tornaba parduzca; el pelo, agusanado o no, se lo dejaban crecer hasta formar una especie de aureola color naranja. Respecto a esas muchachas y mujeres uldras, los barones terratenientes<sup>[2]</sup> mantenían una indiferencia escrupulosamente correcta que, en definitiva, a causa de un paradójico efecto inverso, terminó por resultarles a los uldras una humillación y un insulto.

Al sur del mar Persimmon se encontraba la alargada y estrecha isla de Szintarre y su placentera capital Olanje, un elegante centro turístico para cosmopolitas transmundanos. Esos entes, artificiosos, urbanícolas, articulados, tenían muy poco en común con los barones terratenientes a quienes

consideraban pomposos ordenancistas, sin estilo, gracia ni sentido del humor.

En Olanje, en un excéntrico y antiguo edificio conocido como Cámara de Holrude, tenía su sede el único órgano de gobierno existente en Koryfon: el Mull, consejo de trece notables. Teóricamente, las normas instituidas en la Carta de Mull regían tanto para Szintarre como para Uaia, pero en la práctica soslayaban todo interés en los asuntos uaianos. Para los barones terratenientes, el Mull era un órgano productor de sofismas intrascendentes; los uldras «tratados» eran apáticos; los uldras «rétenos» rechazaban incluso la hipótesis de una autoridad centralizada; los mensajeros del viento ignoraban la mera existencia del Mull.

La universalista población de Olanje generaba por sí misma un intelectualismo casi hiperactivo. El movimiento social era incesante; había comisiones y círculos que organizaban prácticamente todo lo que tuviera interés especial: un club náutico; varias asociaciones artísticas; los Observadores de Morfotas; la Sociedad Hussade de Szintarre; los Archivos de la Biblioteca Musical Gaeana; una institución patrocinadora de Parilia, la fiesta anual; una escuela de arte dramático; Dionis: esa organización dedicada a la hiperestesia. Había también otros grupos filantrópicos o altruistas, como la Fundación Ecológica, que prohibía la importación de flora y fauna foráneas, por muy económicamente rentable o estéticamente gratificantes que fueran. La Alianza Rendentorista combatía los Tratados de Sumisión y abogaba por que se disolviesen los dominios uaianos y se devolvieran las tierras a las tribus de los tratados. La Sociedad para la Emancipación del Erjin, o SEE, sostenía que los erjines eran seres inteligentes y esclavizarlos iba contra la ley. Con toda probabilidad, la SEE constituía la organización más polémica de Olanje, dado que no cesaba de incrementarse el número de erjines que se importaban de Palga para destinarlos al servicio doméstico, las labores agrícolas, la recogida de basuras y otras tareas por el estilo.

Otros grupos menos conflictivos se encargaban de facilitar educación y empleo a los inmigrantes oriundos de Uaia que llegaban a Szintarre. Estos uldras, procedentes en igual proporción, más o menos, de tribus retenas y tratadas, tendían a enfrentarse a los barones terratenientes. A menudo, sus agravios eran reales; con frecuencia, se quejaban por pura susceptibilidad. A veces, los redentoristas llevaban a inmigrantes uldras ante el Mull para estimular, para obligar a entrar en acción a aquel grupo discursivo, altanero, didáctico, pedante y caprichoso. Con habilidad hija de la práctica, el Mull rechazaba tales inconveniencias o nombraba una comisión investigadora, cuyo informe manifestaba invariablemente que las tierras de los tratados eran auténticos refugios de paz en comparación con las de los rétenos, donde las tribus independientes se pasaban la vida en continuas desavenencias, disputas, incursiones, venganzas, represalias, desafueros, matanzas, emboscadas y otras diversas atrocidades. Los redentoristas declaraban improcedentes tales consideraciones. A las tribus tratadas, así lo establecían, se les despojó mediante la violencia y el engaño de sus tierras ancestrales. La perpetuación de tal estado de cosas era intolerable, el hecho de que hubieran transcurrido doscientos años no podía legitimar una situación injusta en su origen. La mayoría de los residentes en Szintarre apoyaban en términos generales la doctrina redentorista.

## 1

En el vestíbulo del puerto espacial de Olanje, Schaine Madduc y su hermano Kelse se contemplaron mutuamente con afectuosa curiosidad. Schaine había esperado ver cambios en su hermano; y sí, los cambios estaban allí... cambios por valor de más de cinco años. Lo dejó postrado en cama, tullido, pálido y desesperado; ahora parecía recio y en perfectas condiciones, si acaso, un poco demacrado. La pierna artificial le permitía andar con apenas un atisbo de cojera; accionaba el brazo izquierdo con la misma soltura y aptitud que el derecho, aunque desdeñaba simular que era de carne y hueso y mantenía la mano metálica embutida en un guante negro. Había crecido, tal como esperaba Schaine, pero, en cambio, la sorprendió un poco la transformación del rostro, que se había alargado, endurecido y cobrado una desabrida elegancia. Los pómulos eran ahora más prominentes, lo mismo que la mandíbula, los ojos se estrechaban al entornarse los párpados y había adquirido la costumbre de lanzar recelosas miradas de reojo.

Schaine pensó que aquello era una señal de los cambios experimentados por Kelse: la metamorfosis del muchacho generoso y confiado, convertido en un hombre austero que aparentaba diez años más de los correspondientes a su edad.

Los pensamientos de Kelse habían seguido análogo rumbo.

—Eres una chica distinta —aseveró—. No sé por qué, pero esperaba encontrar a la divertida, frívola y tontuela vieja Schaine.



—Los dos somos distintos.

Kelse bajó desdeñosamente la mirada a lo largo del brazo y de la pierna.

—Una gran diferencia. Nunca habías visto esto.

—¿Te resulta fácil usarlos?

Kelse se encogió de hombros.

—La mano izquierda es más fuerte que la derecha. Puedo cascar nueces con los dedos y hacer toda clase de trabajitos interesantes. Aparte de eso, me siento poco más o menos igual que antes.

Schaine no pudo reprimir la pregunta:

—¿He cambiado yo mucho?

Su hermano la miró con aire dubitativo.

—Bueno, eres cinco años más vieja. No estás tan flaca. Vistes muy bien y, además de elegante, das la impresión de ser espabilada a todo serlo. Siempre fuiste guapa, pese a tu índole de marimacho vulgarote.

—¡Marimacho vulgarote, sí! —La melancolía suavizaba la voz de Schaine.

Mientras cruzaban a pie la estación, imágenes y recuerdos afluían a la mente de la joven. Hablaban de una muchacha situada a una distancia, no de cinco, sino de quinientos años; una chica que había estado habitando un mundo distinto, donde se desconocían el mal y la aflicción. Las verdades eran sencillas y evidentes para todos. Morningswake Manor (Señorío de la Estela Matutina) no era más ni era menos que el centro del universo: todos cuantos moraban allí tenían un papel que desempeñar y estaban predestinados a cumplirlo. Uther Madduc era la fuente de autoridad. Sus decisiones —a veces benévolas, a veces misteriosas, a veces terribles— eran tan definitivas como el desplazamiento del sol. Schaine y Kelse ocupaban un punto concéntrico al de Uther Madduc; en una órbita menos estable, próxima en ocasiones, lejana otras veces, se encontraba Muffin. Generalmente, los papeles eran sencillos, salvo en el caso de Muffin, cuya circunstancia resultaba con

frecuencia ambigua. Schaine había sido el «marimacho vulgarote», no obstante ser también encantadora y bonita — cosa que casi nunca era necesario decir—, del mismo modo que Kelse fue siempre el soberbio y apuesto y Muffin el siempre fogoso, valiente y jovial. Tales atributos iban implícitos en la misma estructura de la existencia, igual que el sol Methuen brillaba inalterablemente rosado en el cielo inmutablemente azul ultramarino. Al volver la mirada del recuerdo a través de los años, Schaine se vio a sí misma contra el telón de fondo de Morningswake Manor: una moza de estatura media, ni alta ni baja, atractivamente desgarrada, pero resistente, una chica que daba la impresión de ser buena nadadora, corredora y escaladora, lo que desde luego había sido y continuaba siendo aún. Su piel de tono rojizo dorado relucía cuando los rayos del sol la acariciaban; su morena cabellera constituía una maraña de rizos sueltos. Ella era la chica de amplia boca dulce y expresión alerta a cualquier maravilla, como si pensara que cada nuevo instante fuera a presentarse con un nuevo prodigio. Había amado con inocencia y odiado sin cálculo; se mostraba siempre amable y festiva con las criaturas pequeñas, rápida y desenfadada en la chanza... Ahora tenía cinco años más y era cinco años más sensata, o así lo esperaba.

Kelse y Schaine salieron a la suave mañana de Szintarre. El aire olía tal como Schaine recordaba: la esencia de hojas y flores lo impregnaba de fragancia. De las ramas color verde oscuro de los *jubas* colgaban hileras entrelazadas de flores escarlata; el sol filtraba sus rayos a través de la fronda para salpicar de formas rojas y negras la avenida de Kharnotis.

—Nos hospedamos en el Miramar —dijo Kelse—. Esta tarde se celebra una fiesta en casa de tía Val, organizada, ostensiblemente, para darte la bienvenida. Podíamos habernos alojado en el Mirasol, claro, pero...

Se le apagó la voz. Schaine recordó que a Kelse nunca le gustó tía Val.

—¿Llamo un taxi? —preguntó Kelse.

—Vayamos dando un paseo. Está todo precioso. Me he pasado una semana encerrada en la *Niamatic*. —Schaine respiró hondo—. Es estupendo haber vuelto. Ya me siento en casa.

Kelse emitió un amargo gruñido.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Ah... hay varias razones. —Schaine hizo un ademán pueril—. Terquedad. Obstinación. Padre.

—Terca y obstinada como siempre... supongo. Padre sigue siendo padre. Si crees que ha cambiado, te vas a llevar un buen sobresalto.

—No me hago ilusiones. Alguien tiene que ceder y yo puedo hacerlo igual que cualquiera. Háblame de padre. ¿Qué ha estado haciendo?

Kelse reflexionó un momento antes de responder: algo que Schaine no recordaba que hiciese cinco años atrás. Pensó que la juventud de Kelse había pasado con excesiva rapidez.

—Más o menos, padre continúa siendo el mismo. Desde que tú te fuiste se han producido un sin fin de nuevas presiones y... bueno, ya conoces a la Alianza Redentorista.

—Tengo una idea, supongo. Pero no recuerdo gran cosa sobre ella.

—Es una sociedad con base aquí, en Olanje. Pretenden anular los Tratados de Sumisión y que nos marchemos de Uaia. Nada nuevo, claro, pero es una causa que ahora se ha puesto de moda, y tienen en el «Príncipe Gris», título que se atribuye él mismo, un testafarro también a la moda.

—¿El «Príncipe Gris»? ¿Quién es?

Los labios de Kelse se curvaron en una sonrisa torcida.

—Bueno... es un joven uldra, un garganche, con cierta formación; un individuo voluble, pintoresco y dinámico... A decir verdad, es el niño mimado de todo Olanje. Sin duda, asistirá esta noche a la fiesta de tía Val.

Pasaron junto a una pradera de césped verdeazulado que, desde la avenida, se prolongaba falda arriba hasta una alta mansión con tejado de cinco aguas, torres a derecha e izquierda y fachada de azulejos de amarillento tono mostaza, suavizado por losetas de brillante color negro: una estructura concebida con caprichoso eclecticismo, que resultaba impresionante, pese a todo, en virtud de sus mismas proporciones y de cierta negligente magnificencia. Era la Cámara de Holrude, residencia del Mull. Kelse movió la cabeza con aire tristón.

—Los redentoristas están ahora ahí, tratando de adoctrinar al Mull... Hablo metafóricamente, claro. En realidad, ignoro si en este preciso momento se encuentran en la Holrude. Padre es pesimista; cree que, al final, el Mull decretará un edicto contra nosotros. He recibido carta de padre esta mañana. —Se metió la mano en el bolsillo—. No, me la dejé en el hotel. Su idea es que nos reunamos con él en Galigong.

—¿Por qué en Galigong? —preguntó Schaine, perpleja—. No le hubiera costado nada encontrarse con nosotros aquí.

—No quiere venir a Olanje. Me parece que no desea ver a tía Valtrina; podría obligarle a ir a la fiesta. Eso es lo que tía Valtrina hizo el año pasado.

—Tampoco le haría ningún daño, las fiestas de tía Val siempre fueron divertidas. Al menos, a mí me encantaban.

—Gerd Jemasze nos acompañará; de hecho, volamos aquí en su Apex, y después nos llevará a Galigong.

Un mohín de desagrado cruzó por el rostro de Schaine; nunca le cayó bien Gerd Jemasze, a quien consideraba hosco y desabrido.

Un par de columnas señalaban la entrada del Miramar. Schaine y Kelse se deslizaron por el tobogán que conducía al vestíbulo. El muchacho dio las oportunas instrucciones para que trasladaran al hotel, desde el puerto espacial, el equipaje de Schaine y luego deambularon por la terraza

que bordeaba el mar Persimmon y se refrescaron con sendas copas de verde zumo de bayas vaporosas, en el que centelleaba el cristal del hielo.

—Cuéntame qué ha ocurrido en Morningswake durante todo este tiempo —pidió Schaine.

—Casi todo ha sido rutina corriente. Repoblamos el lago de la Hechicera con un nuevo cruce de especies. Estuvimos explorando al sur de los Burrens y descubrimos una antigua kachemba<sup>[3]</sup>.

—¿Entrasteis?

Kelse denegó con la cabeza.

—Esos sitios me producen escalofríos. Le hablé a Kurgech de esa cueva y dijo que probablemente sería jirwantiana.

—¿Jirwantiana?

—Los jirwantianos ocuparon Morningswake durante quinientos años, antes de que los hunges los aniquilaran. Luego, los aos expulsaron a los hunges.

—¿Cómo están los aos? ¿Sigue siendo Zamina matriarca?

—Sí, aún vive. La semana pasada trasladaron su campamento al Barranco de la Rata Muerta. Kurgech se dejó caer por casa y le dije que venías. Comentó que en Tanquil tendrías menos problemas.

—¡Vieja criatura miserable! ¿Qué quiso decir con eso?

—No creo que pretendiese decir nada. Estaba «saboreando el futuro», simplemente.

Schaine tomó un sorbo del zumo de fruta y contempló el mar.

—Kurgech es un charlatán. Puede adivinar el porvenir, aojar, trazar el destino o transmitir pensamientos lo mismo que yo.

—No es verdad. Kurgech posee algunas artes portentosas... Ao o no, es el mejor amigo de padre.

Schaine soltó un bufido.

—Padre es demasiado tirano para ser buen amigo de alguien... especialmente de un ao.

Kelse meneó tristemente la cabeza.

—No le entiendes. Nunca has entendido a padre.

—Le entiendo tan bien como tú.

—Eso también puede ser cierto. Es un hombre difícil de conocer. Kurgech le proporciona exactamente la clase de compañerismo que precisa.

Schaine emitió otro resoplido.

—Sí, Kurgech nunca pide nada, es fiel y sabe cuál es su sitio... como un perro.

—Te equivocas de medio a medio. Kurgech es uldra, padre es outkero. Ni uno ni otro quieren ser otra cosa.

Con un floreo estrambótico, Schaineapuró la copa.

—Desde luego, no voy a discutir de nada contigo ni con padre. —Se puso en pie—. Demos un paseo hasta el río. ¿Continúa levantada la cerca de los morfotas?

—Que yo sepa, sí. Desde que te fuiste a Tanquil no he vuelto por aquí.

—Una ocasión lamentable, que acababa de olvidar. Acerquémonos a ver si tropezamos con algún cazademonios de doce púas, triple abanico enrejado purpúreo<sup>[4]</sup>.

A cosa de cien metros, playa abajo, partía un sendero que llevaba, tierra adentro, a la pantanosa desembocadura del río Viridian y que concluía junto a una alta cerca de malla de acero. Un cartel advertía:

¡AVISO!

¡Los morfotas son astutos y peligrosos! ¡Piénselo bien antes de aceptar *una sola* de sus proposiciones; no les admita *ningún* regalo! Los morfotas se acercan a esta valla con la exclusiva idea de mutilar, insultar o aterrorizar a los gaeanos que vienen a verlos.

¡TENGA CUIDADO!

Los morfotas han herido a muchas personas.  
Pueden matarle a USTED.

SIN EMBARGO,  
MOLESTAR DE MODO CRUEL A LOS MORFOTAS  
ESTÁ TERMINANTEMENTE PROHIBIDO.

—Hace un mes —explicó Kelse—, unos turistas de Alci-  
de vinieron a ver morfotas. Mientras los padres bromeaban  
en la cerca con uno que tenía preciosa cabeza en forma de  
botella y cuello anillado en rojo, otro ató una mariposa a un  
bramante y, con ese señuelo, se llevó al chiquillo de tres  
años. Cuando mamá y papá miraron a su alrededor, el niño  
había desaparecido.

—Bestias repugnantes. Las visitas a los morfotas debe-  
rían tener un reglamento y estar vigiladas.

—Me parece que el Mull considera ahora algo en ese  
sentido.

Transcurrieron diez minutos sin que ningún morfota  
saliera de la ciénaga para hacerles horrendas propuestas.  
Schaine y Kelse regresaron al hotel, descendieron al restau-  
rante submarino y almorzaron estofado de cangrejo, pi-  
mientos y cebollas silvestres, ensalada de berros helados y  
tortas hechas de harina de ferris castaños. Les circundaba  
un luminoso espacio verdeazul; junto a ellos, «al alcance de  
la mano», nadaba, crecía o derivaba la flora y la fauna del  
mar Persimmon; blancas anguilas y peces tijera eléctricos  
atravesaban la espesura de las plantas acuáticas; bandadas  
de peces chispa de color rojo sangre, serpientes verdes,  
tembleques amarillos, todo un repertorio ictiológico que  
centelleaba y se disparaba de un lado a otro, a veces en  
miríadas que se entrecruzaban en puntillista confusión, para  
emerger luego completas, cada una por su lado. En tres  
ocasiones, uñas como cuchillas, ganchos, colmillos y dien-  
tes de tres metros de longitud, cárdenos y plateados, se